

Lo que va de ayer a hoy

En 1941 el famoso poeta popular nortino Abraham Jesús Brito dedicó el siguiente acróstico al entonces presidente de la Alianza de Intelectuales de Chile, novelista Alberto Romero:

A Atento y gran caballero
L lógicamente ilustrado;
B bueno, amable y afamado.
E en el proceder sincero
R regio sois en lo severo
T tenéis excelstitud
O orientado en la virtud.

R Respetable don Alberto
O orientado en la bondad
M magnánimo en amistad,
E en hidalguía perfecto
R reitero que sois correcto
O orláis generosidad”.

Alberto Romero, caracterizado por sus grandes gafas de miope, por su enorme sombrero obscuro a lo Pradena Muñoz, a lo Martínez Montt, a lo Máximo Venegas, como presidente de la Sociedad de Escritores de Chile, había dado el vamos en el país, poco antes, a las primeras exposiciones (ferias) nacionales del libro. autor de “La mala estrella de Perucho González”, “La tragedia de Miguel Orozco”, “La viuda del conventillo” y varias otras novelas de cuidada urdimbre realista, Romero, descendiente de don Antonio Varas, el inseparable correligionario de don Manuel Montt, gozaba en 1941 del mayor de los prestigios en el ámbito de la llamada intelectualidad progresista de Chile. El mundo se encontraba en llamas. El gobierno de la república era ejercido por los radicales en compañía de otras poderosas fuerzas de izquierda. En aquellos años la alternativa era clara: o se era de izquierda o se era de derecha. Los izquierdistas, casi todos, se agrupaban en los frentes antifascistas, convocados para combatir los avances de Hitler y Mussolini. La derecha política, tratando de mantener el buen tono de la equidad, no miraba con entera antipatía a los movimientos nazis de Europa; de un lado se desconcertaba ante la idea nada liberal del totalitarismo hitleriano; de otro, la presencia del comunismo de Stalin le resultaba tanto o más odiosa que la querrela ultranacionalista del Tercer Reich.

En ese marco histórico se efectuaron en Chile las primeras Ferias del Libro. Así fuese, en la Alameda de las Delicias, frente a la Universidad de Chile como en las cercanías del antiguo edificio del Ministerio de Educación Pública, a la iniciativa de Romero y a la actividad fervorosa de lugartenientes

muy jóvenes como Oreste Plath se debió, sin duda, la cristalización del esfuerzo enderezado a mostrar la obra conjunta de escritores y editores chilenos. En el país operaban en esa época dos fuertes consorcios de la industria editorial: Zig Zag y Ercilla. En años recientes, el escritor Jorge Edwards ha subrayado hasta la saciedad la influencia continental de aquellas labores. El libro impreso en Chile circulaba en Argentina y en toda el área de los países del Pacífico. La figura de Alberto Romero, padre espiritual de tan notable eclosión de la cultura, adquiría rasgos míticos para sus admiradores y amigos. No pocos sostenían el proyecto de laurearlo alguna vez con el Premio Nacional de Literatura que él mismo había gestado para reconocimiento de sus mejores colegas de oficio en el seno de la Sociedad de Escritores de Chile. No ajeno en 1937 a la organización del Primer Congreso Nacional de Escritores, a cargo de la citada Sociedad de Escritores de Chile, Alberto Romero hubo de asistir a una verdadera tempestad de críticas, opiniones y juicios con motivo de la celebración de este acontecimiento. El lunes 29 de marzo de 1937, el brillante ensayista y crítico Domingo Melfi discurría de este modo en las páginas editoriales de “La Nación”: “No puede atribuirse al escritor una posición providencial en el concierto de las actividades sociales. Fallan los que piensan tal cosa, y por lo mismo se ha querido ver en este primer Congreso, que se va a celebrar en pocos días más, una lucha declarada contra determinados sectores sociales. No me parece exacto. El escritor es un hombre como todos. Creo que aún subsiste, clara y terminante, la observación de Blanco Encalada a José Joaquín de Mora, hace más o menos cien años. Le decía el admirante al maestro de la juventud liberal, expulsado por Portales del país: «La pluma no será en Chile por muchos años más que un certificado de invalidez». Ni más ni menos. Cuando se ha tratado de dignificar la profesión se han salido por la tangente diciendo que el escritor no es más que un ser inconforme, un personaje pintoresco. No tiene necesidades ni urgencias de ninguna especie. Puede vivir de los sueños que forja”. En ocasión de las reflexiones de Melfi, el reputado periodista peruano Oscar Miró Quesada envió al autor una encomiástica nota en la que apuntaba: “Acabo de leer su magnífico artículo «A propósito del Congreso de Escritores», publicado en *La Nación*; el anhelo de mejoramiento social que lo inspira y la forma sobria, directa y

elegante del esfuerzo merecen mis cordiales felicitaciones”. En el mismo diario, al día siguiente de la intervención de Melfi, el espíritu travieso, irónico, acradamente mordaz de Domingo Arturo Garfias terciaba también en el debate: “Debe de ser muy agradable incorporarse a un Congreso de Escritores. Desde luego, porque resulta una manera muy cómoda de convertirse en escritor sin saber escribir, y, después, porque como se trata de perorar en asamblea, bastará gritar fuerte para escribir bien”. A su turno, en “El Diario Ilustrado”, Jenaro Prieto escribía: “Con muy buen acuerdo, los hombres de letras, víctimas en su mayor parte de la obstinada incomprensión del público, comienzan a darse cuenta de que es más fácil hacer política que literatura, y, en vez de libros, producen Congresos. De este modo si no se benefician ellos, a lo menos los editores no se perjudican y sale ganando el público. Nada defiende tanto al lector como el conocimiento gratuito del autor”.

El 31 de marzo de 1937, en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, tuvo lugar la inauguración del Primer Congreso Nacional de Escritores. En la apertura hablaron Manuel Rojas, presidente de la Sociedad de Escritores de Chile, y Gabriel Amunátegui, director de Bibliotecas, Archivos y Museos. Opiniones emitidas a raíz del suceso: Vicente Huidobro: “El Congreso debe ser una amplia asamblea que discuta el oficio y el destino del escritor en el mundo y en su medio actuante. Esto debe ser discutido en plena libertad. ¡Libertad, qué palabra tan peligrosa, tan preciosa en estos tiempos y más necesaria que en ningún otro!”; Marta Vergara: “Creo que por muy débiles que sean las conclusiones de este Congreso, debemos felicitarnos de su convocatoria”; Manuel Rojas: “El Congreso de Escritores, como ya lo hemos declarado, no persigue ni fines políticos ni pretende encasillarse en determinada posición ideológica”.

“El Mercurio” glósó en amplio espacio de crónica el acto inaugural del Congreso. Naturalmente, el tema (hasta hoy no del todo dilucidado) de “la función social del escritor” ocupó el centro de las expectativas de los congresistas en la primera sesión de trabajo.

Fotografías acerca del mismo torneo. En la revista “Ercilla”: Manuel de Castro (uruguayo), Mariano Latorre, Raúl Bazán y Hernán del Solar en un almuerzo ofrecido por Ercilla; Roberto Aldunate, María Rosa González y Luis Enrique Délano escuchan el debate de los escritores; Alberto Romero, secre-



La figura de Alberto Romero, padre espiritual de tan notable eclosión de la cultura, adquiría rasgos míticos para sus admiradores y amigos.

tario del Congreso, lee conclusiones; Juvenio Valle, de quien Neruda dice que es el más puro de los poetas chilenos, acompañado de dos congresales; habla Luis Alberto Sánchez (peruano), poniendo una nota de calma en la contienda; Manuel Rojas, el hombre que dirige la Sociedad de Escritores, conversa con Joaquín Edwards Bello; Tomás Lago y Diego Muñoz, autores del proyecto de un Sindicato de Escritores, aprobado por aclamación; Pablo de Rokha y Winnet de Rokha. Todo el mundo esperaba su palabra ardiente; Volodia Teitelboim, uno de los poetas más jóvenes.

Pues bien, en 1944, siete años después del entusiasmo clamoroso despertado alrededor del Primer Congreso Nacional de Escritores, un detalle de orden personal, casi íntimo: Nicomedes Guzmán llegaba muy temprano a mi casa con un ejemplar de “La sangre y la esperanza”, bella novela del suburbio. Como carecía de recursos inmediatos para sostener la pitanza hogareña del día, apelaba de urgencia a mis buenos oficios de principiante en la adquisición autografiada de libros. No frustré la confianza de mi amigo. Puse en mis manos el volumen precioso. No he olvidado nunca aquel incidente magnífico.

Moraleja: Chile no empezó hace diez años. Si queremos ser consecuentes con el desarrollo real de nuestra cultura deberemos tomar conciencia de nuestro pasado histórico. Y conocer el pasado histórico supone enterarse de nombres y hechos capitales de la cultura.